

ARZOBISPO
Braulio Rodríguez Plaza

Carta semanal

La casa del Verbo de Dios hecho carne

21 de diciembre de 2008

En nuestro viaje espiritual, aquel al que nos habían invitado los padres del Sínodo de la Palabra de Dios, habíamos llegado a la casa que el Verbo de Dios, Jesucristo, se había creado: la Iglesia, nuevo Pueblo del Señor. En esta casa se celebra constantemente el misterio de Cristo, la riqueza inagotable que surge de la Pascua nueva y eterna, vida exuberante. El Señor nos concede, de este modo, celebrar un año más el nacimiento del Salvador, la Navidad hermosa y sencilla. Es una celebración de los de casa, pero no la queremos sólo para nosotros: es para todos los hombres y mujeres. Es demasiado grande para que se agote, si la compartimos. Es más, cuantos más la vivan y la gocen, más riqueza muestra y más grande se hace.

Pero en esta casa no se celebra la Navidad como si no tuviera que ver con los demás misterios de la vida de Jesús, como si olvidáramos el misterio fundamental, el misterio pascual, que ha vencido a nuestros enemigos verdaderos: el pecado y la muerte. No es para momentos aislados, noches mágicas, que se nos escapan como el tiempo que pasa con increíble rapidez. No. Podemos gozar la Navidad tranquilamente, envolviéndonos en su luz y su gozo sencillo. El Niño que nace nos habla de amor inenarrable de Dios por la humanidad, sin excluir a nadie. De un Niño que comienza su andadura humana, metido en la entraña de nuestra historia, al que no le es ajeno nada de lo que sucede a los seres humanos. Es de los nuestros, y actúa no según los parámetros que estamos acostumbrados a ver en los hombres y mujeres: lo podemos denominar una existencia para los demás, una confianza infinita en Dios Padre, una aceptación de personas de toda condición, a quienes velara no por lo que tienen,